

“¡SOPORTAMOS MEDIA HORA UNA LLUVIA DE MUERTE!”

dicen los pasajeros del autobús acribillado

Un autobús avanzaba perezosamente por la Habana vieja, desembocó en un parque y de pronto comenzó una de las más horripilantes experiencias que puede padecer un ser humano.

POR
ANTONIO JORGE GONZALEZ
con Fotos de "Panchito" CANO

JOSE López Camiño se levantó muy temprano el miércoles 13 de marzo. A las tres y media de la mañana ya estaba en pie. Mientras se afeitaba en el baño escuchaba los trajines de su mujer que le preparaba el café en la cocina.
—Estoy de suerte, vieja, me han caído unas cuantas suplencias en estos días —le gritó a su mujer.
Hacia dieciocho años que traba-

jaba como suplente en los Omnibus Aliados. No le había ido mal. Un taller de maderas en el reparto "Los Pinos" le había proporcionado un trabajo adicional que le permitió darle una educación a su hija mayor Olivia y a su hijo José y se preparaba a enviar a Lillian, la más pequeña, al colegio.
"Quiero que estas niñas tengan
(Continúa en la Pág. 91)



Alberto Triana, chofer de la Ruta 14, sufrió una operación hace poco y estaba actuando temporalmente de conductor. Fué el héroe que sacó al autobús 1735 de la línea de fuego, ante la incapacidad de López Camiño, gravemente herido. Triana fué el único ileso de los ocupantes del autobús de la muerte.



"Fueron unos momentos terribles. Estar acostado allí esperando cada segundo la bala que le ha de cortar la vida a uno", confesó luego uno de los pasajeros. López Camiño no cesa de repetir: "¡Me han destruido! ¡No!".

La guagua fatal. Una mujer con un ataque de nervios se debatió en el piso hasta que logró escapar por una ventanilla. Un chino quedó impávido junto a la ventanilla mientras el tiroteo proseguía. Le tiraron del pantalón y se desplomó. Estaba muerto.



pañía de dos soldados. De nuevo sintió la tensión de estar cerca de una ametralladora.

Los trágicos sucesos acaecidos el pasado miércoles 13 en Radiocentro epifogan (hasta el momento) las experiencias de esta clase, sufridas por el más viejo y accidentado de los operadores del "master" del circuito CMQ.

—Lo que no hay es que ponerse nervioso —exclama "Bicicleta" orgullosamente por las pruebas de ecuanimidad demostradas. Y termina sus relatos con expresión de profundo humorismo filosófico:

—Cuando yo era niño, en Matanzas, me educué en un colegio religioso... los domingos actuaba como monaguillo ayudando a decir misas. Desde entonces no voy a la iglesia... ¡Pero nunca pensé que Dios se acordara tan bien de mí!

"¡SOPORTAMOS MEDIA..."

(Continuación)

lo que yo no tuve, una educación. Si los viejos no se me mueren habría terminado mi educación en el San Agustín", solía decir.

Hacia diecinueve años que estaba casado con Sofía Pérez y ella le había ayudado instalando una pequeña peluquería en la sala de la casita en que vivían en la calle Rayo.

A las cuatro y cuarto de la mañana López Camiño estaba instalado tras el timón de la guagua en el paradero de la Ruta catorce y comenzaba el recorrido.

El turno se desenvolvió rutinariamente, a las once y media entraba de nuevo con el carro. Se dirigió con unos compañeros al cafetín de la esquina a tomar un poco de café. Mientras conversaban lo mandaron a buscar de la Administración.

—Oye, Pepe, el autobús 1735 que tenía que sacar Cheo ahora al mediodía lo vas a conducir tú?

—¿Qué le pasó?

—Lo picó una abeja en un párpado y apenas puede ver. Está fatal ese muchacho.

A las doce José López Camiño salió al timón del autobús 1735. Marchaba por las calles bajo la densa modorra del mediodía. El primer viaje lo realizó cargado hasta los estribos. Era la salida de los empleados públicos. Pero después de las dos de la tarde la guagua iba casi vacía.

A las tres y veinte de la tarde enfiló por la calle Chacón. Llevaba cinco hombres y una mujer de pasajeros. Avanzó como de costumbre a velocidad moderada por la estrecha calle. Se detuvo en la esquina del café casi frente a Palacio para esperar a que pasaran algunos autos. Y avanzó.

A su izquierda el Parque Zayas y el Palacio de Bellas Artes, a su derecha el Palacio Presidencial. En ese instante se escucharon algunos disparos. López Camiño pisó el acelerador y avanzó unos metros más. Cuando llegaba frente a la Puerta de Colón, un auto de color verde que avanzaba a gran velocidad por la Avenida de las Misiones dobló por Colón y vino a frenar violentamente frente a la guagua.

Sus cuatro ocupantes descendieron empujando sendas ametralladoras y corrieron hacia la puerta. Apenas cruzaron la reja comenzaron a disparar hacia el patio.

López Camiño se vio en una apretada situación. El auto verde le bloqueaba la calle impidiéndole continuar y los disparos continua-

ban. Todos los pasajeros se lanzaron al suelo y él los imitó.

Uno de los pasajeros vio asombrado desde el piso que un chino que viajaba en el asiento junto al suyo permanecía impávido sentado junto a la ventanilla, como si no temiese a los proyectiles. El pasajero se arrastró y le tiró del pantalón. El chino se desplomó entonces. El lado de su cuerpo expuesto a la calle estaba cubierto de sangre. Estaba muerto.

Uno de los pasajeros Jorge Novoa López, de veinte años se acurrucaba en uno de los últimos asientos. A su lado la única mujer de la guagua prorrumpió en gritos desesperados. "¡Ay Dios mío, protégenos! ¡Ángel de la Misericordia haz un milagro! ¡Nos matan, nos matan! ¡Mis hijitos!"

La mujer se puso de pie y corrió por el pasillo. Jorge se le abalanzó a las piernas y la hizo caer al suelo, allí la sujetó fuertemente. Ella lloraba y gritaba y lo arañaba, presa de un violento ataque histérico.

La situación en la calle se hacía más difícil. Al principio los tiros se escuchaban dentro del Palacio y sólo alguna que otra bala atravesaba la guagua. Los pasajeros sentían aterrorizados los mortales silbidos que horadaban las planchas metálicas del autobús.

Pero pronto los tiros comenzaron a sentirse también del costado izquierdo, provenientes del Palacio de Bellas Artes. Ahora escuchaban también tableteos de ametralladoras. Se había entablado una batalla entre Bellas Artes y Palacio y ellos estaban situados exactamente en el centro de la línea de fuego.

El pasajero Jorge Novoa sintió que en un momento que aflojó su presión sobre la mujer ésta se puso de pie y se lanzó por una ventanilla. Luego supo que había sido herida en una pierna mientras corría por el Parque Zayas.

Varias ráfagas sacudieron el autobús de una punta a otra. Casi todos los pasajeros quedaron heridos y los lamentos de dolor sustituyeron a los gritos de horror.

Ahora notaban que los tiros que venían de Palacio eran más numerosos que los de Bellas Artes. Escuchaban además unas explosiones sordas que luego supieron eran de granadas.

Los estampidos se hacían ensordecedores. Jorge Novoa confesó después: "Es una de las sensaciones más angustiosas que puede padecer un hombre. Tirado allí en el piso sabiendo que el próximo segundo le puede ser fatal. Un silbido, un pequeño dolor y después... Nada. Así permanecemos media hora".

Oscar Pinedo se alzó lo suficiente para ver por una ventanilla. El carro verde que les obstaculizaba la salida había desaparecido. En ese momento vio que varios carros blindados se acercaban a Palacio. "¡Ahora sí que nos matan a todos!"

Pero de las ventanas de Palacio donde estaba parapetada la Guardia riopostándole a los revolucionarios se escuchó una orden imperiosa: "¡Quiten esa guagua de ahí!" Luego otra voz en la que se notaba cierto nerviosismo: "¡Por su madre, saquen la guagua!"

Los pasajeros se unieron al ruego. El conductor Alberto Triana le gritó al chofer López Camiño para que pusiera en marcha el vehículo. Este hizo un esfuerzo, trató de incorporarse, pero cayó de nuevo al piso. Había perdido mucha sangre.

Triana, el único ileso del autobús fatídico, se arrastró por encima de los cuerpos de los demás pasajeros

hasta que llegó al timón y apretando el acelerador del motor que había quedado en marcha y cambiando las velocidades mientras permanecía tirado en el piso, hizo avanzar lentamente al autobús.

Un cuarto de hora después, ya frente al timón, lo hizo detenerse en la Casa de Socorros de San Lázaro. Allí atendieron rápidamente a los heridos y enviaron el cadáver del chino al Necrocomio.

López Camiño era el más gravemente herido. Una bala le había fracturado el esternón y una costilla, impidiendo quizás que le atravesara el corazón. Tenía dos perforaciones en el colon, una en la vesícula, que le fue extraída, una en el hígado, otra en la pleura, ocho perforaciones en la pierna izquierda que le fue amputada, una en la región glútea y en la pierna derecha cinco balazos más.

López Camiño semiconsciente en el Hospital de Emergencias no cesa de repetir: "Me han destrozado, vieja". Y otras veces: "Dame la ropa, que voy a sacar tarde la guagua".

Su hija Olivia confiaba en que obtendría trabajo de nuevo, pues hay otro chofer en la Ruta 14 que trabaja con una pierna artificial.

Mientras tanto, los heridos se restablecen en el Hospital de Emergencias y tratan de olvidar que en una plácida tarde mientras transcurrían perezosamente en un autobús, se vieron envueltos en una de las más horribles y angustiosas experiencias que puede sufrir un ser humano.

N. de la R. —Entrando en prensa este reportaje llega a nosotros la triste noticia: EL CHOFER LOPEZ CAMINO ACABA DE FALLECER EN EL HOSPITAL.

ES DEBER DEL GOBERNANTE...

(Continuación)

dentales e incruentos; y el 4 de septiembre de 1933, el 4 de febrero de 1941 y el 10 de marzo de 1952, entre otros, son hechos irrefutables que ofrecemos al juicio de los contemporáneos y del porvenir.

¿Conoce usted, doctor, las declaraciones del doctor "Millo" Ochoa, antes de embarcar hacia Miami?

—No puede por menos que ser rechazada la justificación que de su ausencia hace el doctor "Millo" Ochoa, quien ha tenido y tiene, para las pacíficas actividades políticas que ha desarrollado y que debe continuar desarrollando, el respeto y la garantía de que disfrutan en este país todos los ciudadanos que viven dentro de la ley.

Sin más preámbulos, hacemos la pregunta: ¿qué opina usted, doctor Rey, sobre el doloroso caso de la muerte del líder ortodoxo Pelayo Cuervo?

El ministro de Gobernación no se inmuta. Su palabra es pausada:

—El gobierno lamenta también, y de manera muy especial, la muerte del doctor Pelayo Cuervo Navarro, sobre cuyo acontecimiento han hecho expresivas declaraciones públicas los jefes de los Cuerpos Policiales, y la cual habrá de investigarse exhaustivamente.

Hay una polémica en el ambiente: la suscitada por la sensacional entrevista hecha por el periodista norteamericano Mathews, a a quien acaba de contestar el ministro de Defensa Nacional, doctor Santiago Verdeja. A ese respecto interrogamos al doctor Rey.

Hay cierta dosis de ironía en su respuesta:

—Bueno; el señor Mathews es

un periodista acreditado, que escribe para un periódico más acreditado aun, el "New York Times"; pero también es muy respetable y tiene mucho crédito la U.P., que comunicó oficialmente la muerte de Fidel Castro, y que aun no ha rectificado su noticia. Puede tomarse bandera, sin ofender a los dioses, por cualquiera de estas informaciones contradictorias y excluyentes de las dos acreditadas fuentes informativas americanas. Además, si creemos a la U.P. ¿no hay razones entonces para dudar de la información de Mathews? Y, sobre todo, ¿no contribuye Mathews a nuestras dudas y sospechas cuando afirma que Fidel Castro es un anti-comunista, siendo de todos conocida su intervención en el "Bogotazo", su pro-comunismo inconfundible, la actividad universalitaria de carácter marxista de su hermano Raúl, con su visita tras el "telón de hierro" y, en fin, su larga historia criminal, así como los pronunciamientos comunistoides de su actual literatura revolucionaria?

Y a guisa de explicación de todo lo anterior:

—Por lo demás, ninguna trascendencia tiene el que viva o se retrate, si ni pelea ni tiene fuerzas organizadas para el combate. Para demostrarlo, ahí están las fotografías publicadas por BOHEMIA y que no son frescas por cierto, sino indudablemente mantenidas en refrigeración. Frente a ellas se me ocurre hacer estas preguntas ingenuas, ¿es posible que la modestia de Castro sea tanta como para que estando acompañado de un nutrido grupo se retrate casi solo? ¿Hay alguna razón táctica o estratégica que aconseje tan desolada fotografía? O, por el contrario, ¿no se evidencia así la innegable veracidad de las informaciones del Estado Mayor del Ejército, afirmando que desde hace tiempo sólo quedan por la Sierra Maestras individuos diseminados, hurtando el cuerpo y escapando en escondrijos? Cuanto he dicho no es una tesis del doctor Verdeja, que no la necesita, sino elementales consideraciones de ocasión.

No hay cansancio en el combativo vocero del régimen, pese al tiempo transcurrido. Así cuando intentamos despedirnos, todavía nos dice:

—Deseo expresar, por último, que el gobierno reitera su invariable decisión de proteger a la ciudadanía en el ejercicio de sus derechos, para lo cual precisa la utilización de los medios legítimos que la Constitución y las leyes le autorizan para llevar a cabo, con eficacia, esa función tutelar que constituye el más esencial de sus deberes.

Y ratificando lo anterior:

—Sin exageraciones, pero con firmeza, habrá de continuarse en el cumplimiento de esas obligaciones. Y no he de perder esta oportunidad para subrayar la conveniencia de que los líderes de la oposición que desean para nuestra patria la normal convivencia y el disfrute de la paz, contribuyan con su palabra, su consejo y su acción a esas elevadas finalidades. Y que la prensa, vehículo de opinión pública y poderoso influyente en las orientaciones de la misma, ponga lo mejor de su acción y su deseo guiados en iguales derroteros. Que esta hora no es la de azuzar odios, ni clamar venganzas, ni enardecer espíritus, ni aumentar la zozobra, sino la de contribuir cada cual, en la medida de sus posibilidades, al restablecimiento de una normalidad integral a la que tiene indiscutible derecho nuestro pueblo.